



LAMARTINE
HISTORIA
DE LA
RESTAURACION
TOMO I

DC256
L3
v.1

HISTORIA
DE LA RESTAURACION.



BIBLIOTECA

4 Biblioteca Popular.

T. I. 4

BIBLIOTECA

HISTORIA
DE LA
RESTAURACION,

POR
A. DE LAMARTINE.

TOMO PRIMERO.

MADRID.
ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO.
CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

—
1851.



BIBLIOTECA

DC 256

L3

v.1

PREÁMBULO.

I.

La rapidez del tiempo suple á la distancia. Cuando uno se encuentra separado por muchos acontecimientos del punto en que fija su pensamiento, cree que le separan de él un gran número de siglos. Desde mi nacimiento, los años están llenos de vicisitudes, caídas, reinados, imperios y repúblicas. Ya no hay historia contemporánea. El día de ayer parece haber penetrado en las sombras de lo pasado. Las perspectivas retroceden por la grandeza y la multitud de las cosas que se interponen entre la vista y la memoria.

Apenas paso de la mitad de mi vida y he presenciado sucederse en Francia diez dominaciones ó gobiernos diferentes. Desde la infancia á la madurez he asistido á diez revoluciones: gobierno constitucional de Luis XVI, primera república, Directorio, Consulado, Imperio, primera restauracion de 1814, segundo gobierno de los Cien dias por Napoleon, segunda restauracion de 1815, reinado de Luis Felipe, y segunda república: diez cataratas por las que el espíritu de moderna libertad y el espíritu estacionario ó retrógrado han intentado alternativamente bajar ó subir las pendientes de las revoluciones.

II.

He palpitado con esas emociones, mi vida ha sido idéntica á la de las cosas de mi tiempo, me he contristado ó regocijado con esas caídas ó esos acontecimientos, he sufrido con esos trastornos y me he instruido con esos espectáculos. Mi tiempo ha vejetado, ha resonado, se ha hecho hombre, ha envejecido y se ha renovado en mí. He comprendido, ó creído comprender, á donde se dirigía el mundo por la corriente de Dios. Una última vicisitud me ha colocado por un momento á la cabeza de uno de esos movimientos, entre un gobierno que se abismaba y una sociedad que era necesario recoger, salvar y constituir sobre nuevas bases. Nació la segunda república: esta era al menos, durante un largo período, la única base que podía unir y guiar al pueblo. Las monarquías se han hundido sucesivamente sobre él, cualesquiera que fuesen las modificaciones que para sostenerse hubiesen tratado de hacer en sus principios. Las dinastías en guerra civil por el trono, no eran ya mas que ocasiones y causas de civiles guerras entre sus partidarios en la nación. Los derechos á la corona habian llegado á ser facciones. Solo la nación era única, sus pretendientes estaban divididos; solo el país podia reinar.

Para la defensa de los fundamentos de la sociedad, se necesitaba algo mas que esos esfuerzos que exigen la fuerza y la unanimidad de un pueblo. En fin, habia que hacer en sus leyes, en sus ideas, en sus relaciones de clase á clase, en su religion legal, en su enseñanza, en su filosofia y en sus costumbres, trasformaciones enérgicas, que la mano de ninguna monarquía es bastante vigorosa y desinteresada para llevar á cabo. Las revoluciones las hacen las repúblicas: es el gobierno de los pueblos levantado en sus grandes esperiencias sobre sí

mismos. Este siglo tiene que hacer cosas grandes y remover árduas cuestiones de civilizacion y de religion para no permanecer estacionario largo tiempo, ó para no convertirse continuamente en república. Soy, pues, republicano por el conocimiento de las cosas que deben sobrevenir, y por adhesion á la obra de mi tiempo. Sin que se me oculte ninguno de los inconvenientes y peligros de la democracia, creo que es preciso aceptarlos heroicamente. Es el instrumento que hiere y rompe la mano del hombre de estado; pero tambien es el instrumento de las cosas grandes. Es necesario renunciar á ellas, y volver á tenderse en el lecho de los hábitos y de las preocupaciones, ó aventurarse en la república. He aquí mi profesion de fé política.

III.

Desde este punto de vista emprendo á escribir la historia de los dos reinados de la Restauracion. Sin embargo, tranquilícense mis lectores, porque este punto de vista no me hará injusto. Mas bien tendré que evitar un exceso de imparcialidad en cuanto á las cosas de mi primera época. En el historiador hay dos hombres; el de sus impresiones y el de sus juicios. Mis juicios pueden ser severos, pero mis impresiones me comueven y casi me enternecen por la Restauracion. Aun cuando la condene con frecuencia, no puedo menos de compadecerla. ¿Por qué murmuran los republicanos austeros: voy á decirlo. Porque fué la época en que el sentimiento y la imaginacion tuvieron mas cabida en la política; porque los escritores han sido despues injustos con esa fase de nuestro tiempo; porque mas bien se ha escrito la sátira que la historia de la Restauracion; porque se anda fácilmente sobre lo que está derribado; porque entre el entu-

siasmo de la gloria servil del Imperio y la utilidad vulgar del reinado de Luis Felipe, se ha pisoteado á dos príncipes, dos reinados y dos generaciones de hombres políticos, dignos de ser tratados con mas consideracion; y en fin, porque mi corazon es del partido de esa generacion olvidada, aunque mi inteligencia sea del partido del porvenir.

IV.

Salía yo de la infancia, nacía para el pensamiento y era de sangre realista: habia sido mecido en la casa paterna con las narraciones domésticas de los dramas de la revolucion, que todavía estaban vertiendo sangre. Una reina jóven y hermosa arrancada de su lecho y perseguida medio desnuda, en su mismo palacio, por el puñal del pueblo en los dias 5 y 6 de octubre: sus guardias cayendo exánimes por salvarla en el umbral de su cámara á impulsos de las picas de los asesinos: una familia real huyendo con sus niños en brazos desde las Tullerías á la Asamblea nacional el 10 de agosto; las torres del Temple llenas de los misterios de su cautiverio; el cadalso de un rey, de su muger y su hermana; su hijo embrutecido por la soledad, y juguete de un feroz artesano; su hija, que habia quedado sola para llorar á toda su raza en las bóvedas de una prision peor que el sepulcro, y sacada luego de su calabozo por la noche, con condicion de un ostracismo eterno; príncipes en otro tiempo célebres por su talento, su gracia, y hasta su lijereza, errantes de córte en córte, de retiro en retiro, sin que se supiese en donde ocultaban su miseria, eran cosas mas que suficientes para remover todas las fibras de un niño. Cuando el corazon es noble, siempre es del partido del infortunio. La imaginacion es el verdadero complot de las restauraciones.

V.

Y luego esa Restauracion coincidía con mi juventud; su aurora se mezclaba con la de mi vida y se confundía con ella. Aquella era la hora del entusiasmo; poética como lo pasado, milagrosa como una resurreccion. Los ancianos se rejuvenecían, las mugeres lloraban, los sacerdotes oraban, las lirás cantaban, los niños se maravillaban y esperaban. El Imperio habia oprimido las almas. El resorte de todo un pueblo se ponía en movimiento al oír la palabra libertad, proscrita ya hacia diez años. Los republicanos, vengados por la caída del destructor de la república, abrazaban á los realistas como en una reconciliacion de que debia ser prenda la libertad. Aquella parecia ser la vuelta de la monarquía corregida por el destierro de la libertad, purificada por la espiacion. Era una época de renacimiento pacífico, intelectual y liberal para la Francia. La poesía, las letras y las artes, olvidadas, esclavizadas ó disciplinadas bajo el régimen de la policía del Imperio, parecían brotar del suelo al contacto del paso de los Borbones. Parecía que respiraba ya un aire puro el mundo asfixiado durante diez años por la tiranía; se respiraba por lo pasado, por el presente y por el porvenir. Nunca volverá á ver el siglo una época semejante; no se veía el día siguiente. A fuerza de esperanzas se olvidaban las desgracias y humillaciones de la patria. Solo los soldados de Napoleon bajaban la cabeza, deponiendo sus armas hechas pedazos, porque sus cortesanos se habian pasado ya al partido vencedor.

VI.

Era natural que semejante espectáculo, y los que si-

guieron al primer día de aquella Restauracion, la libertad de la prensa, la libertad de la tribuna, las elecciones que difundian el movimiento y la animacion en un pueblo por largo tiempo inmóvil y mudo, los libros detenidos por la censura imperial, que salian á millares como de las catacumbas del pensamiento, los folletos, los diarios multiplicados é independientes, las relaciones del destierro y de la emigracion; los grandes escritores, los publicistas, los filósofos, las Staël, los Bonald, los Chateaubriand y los Maistre; los grandes oradores que se ensayaban en la discusion; los Lainé, los de Serre, los Foy; la vista de aquellos príncipes y princesas ante quienes la Francia componia su semblante para hacerles la patria dulce y hospitalaria; los salones, los teatros, las fiestas, las sociedades de una aristocracia anhelosa por gozar, las mugeres entusiastas, hermosas, literatas, agrupando de nuevo en torno suyo todo lo mas ilustre de la Europa, de la guerra, de la tribuna, de las letras y de las artes: era natural, repito, que las impresiones de tal período de la vida de un pueblo, quedasen profundamente grabadas en la memoria de un jóven, y predispusiesen mas tarde al hombre maduro á no sé qué parcialidad de recuerdos por ese crepúsculo prestigioso de sus opiniones.

VII.

Tal es, lo confieso, mi ternura ó mi debilidad de ánimo para con la Restauracion. Sus faltas y sus desgracias no han alterado en mi aquellas primeras impresiones. Me he abstenido de servir y aun de amar á la monarquía sin pasado, sin prestigio y sin derecho, que en 1830 sucedió á ese gobierno de mis recuerdos. Solo al tío no se le podia perdonar el reemplazar á su sobrino. La naturaleza es por lo menos una legitimidad para

los que no reconocen legitimidad política. La república podia, desde aquella época, apartar ese trono: ningun otro príncipe que el pueblo podia sentarse en él. Entonces la revolucion de julio hubiera sido un progreso, pero no fué mas que un trastorno. No reemplazó al trono, no coronó á la nacion: no hizo mas que aplazar el tiempo. Aunque jamás he hecho vacilar ni insultado al gobierno de Luis Felipe, porque temia lastimar al país, tenia el instinto de su inestabilidad. Sucede con los gobiernos como con los metales: nada falso es fuerte: una verdad es el principio vital de cada cosa. Nada habia de verdadero en aquella dignidad real mas que un trono y un pueblo igualmente engañados. Pronto ó tarde debia anonadarse, como habia nacido, con un soplo. No faltaron á ese reinado ni hombres eminentes, ni ministros, ni oradores, ni habilidad, ni talentos, ni aun virtudes privadas. Lo que le faltó fué lo que hace durar las instituciones, tanto jóvenes como viejas, el respeto. Cuando le preguntaban qué era, no podia atestiguar ni con Dios, ni con el pueblo: no podia contestar mas que una cosa: Soy la negacion del derecho divino, que hace reinar hereditariamente á los príncipes, y soy la negacion del derecho que las naciones tienen de nombrar sus reyes. Entre la herencia que habia desterrado y la eleccion nacional que habia eludido, ¿qué podia hacer? Maniobrar, negociar, dar treguas, atraer y corromper: gobierno de dos caras, que ninguna decia la verdad.

VIII.

Su caida, dejando el palacio vacío, cedió el puesto al derecho absoluto, el derecho nacional, el derecho natural, el derecho que cada hombre, al venir al mundo, tiene de su parte de sufragio, de inteligencia y de vo-

luntad en el gobierno, el voto universal. El voto universal es el verdadero nombre de la sociedad moderna en el día. Este voto universal ha hecho de la Francia una república: no podía hacer otra cosa. En el estado de incredulidad, de anarquía y de lucha en que el principio monárquico personificado en tres dinastías se encontraba consigo mismo, entregar la Francia de 1848 á la monarquía era entregarla á las facciones. El país debía tomar su dictadura, y la dictadura del país es la república. La tomó, y la conservará mientras sea digno del nombre de pueblo. Porque un príncipe ó una dinastía que abdican, son reemplazados por otra dinastía ó por otro príncipe. Pero á una nación que cansada ó incapaz de la libertad abdica, ¿quién la reemplaza? Nada mas que un vacío en la historia, nada mas que la ignominia, la esclavitud ó la tiranía. Mirase el mapa del mundo y se dice: Aquí habia un gran pueblo, pero ya no hay mas que una gran mancha en la dignidad de las naciones.

IX.

Después de haber pagado nuestro tributo de sinceridad al tiempo, debemos pagar nuestro tributo de reconocimiento á los escritores que han aclarado y nivelado para nosotros este camino de la historia. Debemos mucho, especialmente á dos de ellos: á Mr. Lubis, que ha sabido prescindir de sus prevenciones de corazón por los Borbones, refiriendo con valentía é imparcialidad y con luminosa apreciación, las faltas y las desgracias de su causa; y Mr. de Vaulabelle, que en nuestro concepto ha sacado sus noticias de manos hostiles; pero que ha dispuesto y escrito con concienzudo talento, y agrupado los acontecimientos con tal arte, que le señala un lugar muy notable entre los historiadores. Nosotros hemos escrito

bajo otro punto de vista, porque estábamos mas distantes que ellos de las impresiones del drama; pero sin ellos no hubiéramos podido escribir. Mr. Lubis ha escrito el sentimiento de la Restauración; Mr. de Vaulabelle el sentimiento y á veces la oposición del liberalismo. Procuramos escribir sin espíritu de superstición y sin espíritu de oposición: únicamente la verdad.

